LA LUCHA DE CLASES.— BILBAO
Hemeroteca Municipal Madrid
Apartado 12.155

LA LUCHA DE CLASES

ORGANO DE LA FEDERACION SOCIALISTA VIZCAINA
Y DE LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES

PRECIO: 15 CÉNTIMOS
AÑO XL — NUM. 1.832

Bilbao, 17 de mayo de 1934

Redacción y Administración:
SAN FRANCISCO, 9 Y 11

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

Los sucesos de Portugalete

Una denuncia caprichosa y un silencio sintomático

El alcalde de Portugalete contesta al gobernador recogiendo palabras de quienes presenciaron los sucesos

Quien no tiene serenidad para regir una provincia debe dimitir inmediatamente

Denunciados

Nuestra nota de la pasada semana acerca de los sucesos de Portugalete nos ha valido una nueva demostración de afecto por parte del señor Velarde. En su afán de proveernos de lectores, trasladó nuestro número último al fiscal de la República, quien parece que encontró en él materia punible. Y ya le tenemos a nuestro compañero Tomás Alvarez Angulo empapelado como cualquier vulgar bolillero por un artículo en el que no se decía más que lo que varios diarios de Bilbao habían dicho con ligeros cambios de palabras.

Es la preferencia que el señor Velarde tiene por la prensa socialista.

Pero ya que el señor gobernador nos distinga con un afecto tan singular, no parece bien que lo oculte con tanto disimulo. Podía haber dado a la publicidad para que todos lo sepan cómo había remitido nuestro semanario al fiscal. Porque debe tener en cuenta que nosotros tenemos siempre por norma el que nuestras relaciones no tengan nada de tapadillo y exigimos se nos corresponda en la misma forma. Y puesto que el señor Velarde no lo dijo, o por lo menos lo ocultó cuatro días, él sabrá si para que no se sepa que nos distingue con todo su afecto, nosotros no tenemos inconveniente alguno en proclamarlo: el señor Velarde trasladó la pasada semana nuestro semanario al fiscal para que examinara un escrito que era tanto como otro cualquiera de los que se publicaron con igual motivo.

Pero estaba escrito por un socialista. Y hay consignas especiales para con nosotros.

—

Y puesto que tratamos de este caso, a continuación publicamos el resultado de la encuesta abierta por el compañero Busteros, alcalde de Portugalete todavía y hasta que al señor Velarde se le ocurra destituirle, de la que se deduce que en las afirmaciones de nuestro citado compañero en la Prensa en justificación de su actitud no hubo extralimitación alguna, aunque otra cosa hayan querido demostrar algunos diarios y las Empresas que los editan y quien informa a éstas sobre los sucesos de la provincia.

Dice así la información:

«*Decreto.*—Abrese una información sobre los sucesos ocurridos en la plaza de la República en la mañana de ayer, y cítese, para que depongan en alla, a don Felipe Armolea Bilbao, don Angel Ríos Santín, don Joaquín Martínez Castrillo, don Víctor Busteros Orobengoa, don Gregorio Sáiz Mendizábal, doña Margarita Gabiña Andraca y don Eustaquio Martínez Bueno, que según informes recibidos presenciaron los referidos sucesos.

Portugalete, siete de mayo de mil novecientos treinta y cuatro.—*Cándido Busteros.*

Don Felipe Armolea Bilbao.—En la villa de Portugalete, a siete de mayo de mil novecientos treinta y cuatro, y siendo las doce horas y treinta minutos de este día, comparece en la Secretaría de este Ayuntamiento ante el señor alcalde, don Cándido Busteros, asistido de mí el secretario, el que al margen se relaciona, que dice ser casado, mayor de edad, guardia municipal de esta villa y vecino de la misma; y, después de prometer decir verdad en lo que se le pregunte, a requerimiento del señor alcalde, que le invita a que deponga sobre lo que viera de los sucesos ocurridos en la mañana de ayer en esta población, dice:

Que hacia las diez y media de la mañana del día de ayer, y en ocasión de que se encontraba de servicio en la plaza de la República, observó que un grupo compuesto de sesenta u ochenta individuos, que había descendido del tren, se encaminó por la rampa que del Muelle Viejo sube hacia el Campo de la Iglesia, llamándole la atención por su actitud provocadora.

Que después, y hacia las once y cuarto aproximadamente, encontrándose en la esquina de Galán y García Hernández y Salcedo, le sorprendió un alboroto que se había producido en la plaza; que acudió a este punto inmediatamente y vió que un individuo, con la cabeza ensangrentada, corría alocadamente, hasta darse un golpe con la pared de una de las casas de la plaza; que se acercó enseguida a él a prestarle auxilio y lo condujo al Cuarto de Socorro, en donde después fué curado por el practicante.

Que, al poco rato, y al salir del Cuarto de Socorro, oyó un disparo en la calle de Manuel Calvo, y que en compañía del jefe de la Guardia municipal y del cabo Angel Ríos salió precipitadamente hacia el lugar donde se había producido aquél, llegando hasta el final de esta calle, pudiendo ver que por la escalera nueva de la estación subían, a todo correr, unos cuantos muchachos.

Que al regresar a la plaza observó que por la calle de Sabino de Arana bajaba un grupo de doce o catorce individuos en son provocativo, y que ante esta actitud el público que estaba en la plaza dió algunos gritos de «muera el fascio» y «abajo la guerra». Que en aquel momento estaban junto al que depone, a unos cuantos metros, el sargento y dos números de la Guardia civil, y sin que se pudiera dar cuenta de lo que sucedió, oyó una serie de disparos, que dice que pasarían de diez, suponiendo que los primeros fueron hechos por el grupo a que antes se ha referido, y que únicamente vió disparar a uno de los guardias civiles antes mencionados; que los primeros disparos se hicieron junto a los retretes y que ni el que depone ni la pareja que estaba de servicio fueron hacia el lugar en donde se habían producido aquéllos, y que cuando él se dispuso a hacerlo se encontró con un grupo de cinco individuos que traían a un herido, que pudo comprobar era Urcisinio Gallástegui, acompañando a conducirlo al Cuarto de Socorro. Que después volvió a salir a la plaza y acompañó a la estación a una anciana, a requerimiento de ella.

Que no tiene más que decir, con lo que se da por terminada la presente declaración que firma con el señor alcalde y conmigo el secretario, después de leída, de todo lo que certifico.—*Cándido Busteros, Felipe Armolea y Mariano Ciriquián.*

Don Angel Ríos Santín.—Acto seguido comparece el que al margen se cita, que dice ser casado, mayor de edad y guardia municipal de esta villa; y, después de prometer decir verdad sobre lo que se le preguntare, a requerimiento del señor alcalde para que deponga sobre lo que viera de los sucesos ocurridos ayer, manifiesta:

Que desde las nueve de la mañana pudo observar que había en la plaza más animación que la acostumbrada, sin que le concediera a esto gran importancia, pues creyó que sería debido al buen tiempo que hacía; que en cumplimiento de su obligación salió a recorrer su distrito, y a su regreso le comunicó el guardia Felipe Armolea que alguien había arengado al público, sin que le dijera quién ni en qué forma, limitándose a ponerlo en conocimiento de sus superiores y diciéndole éstos que estuviera alerta por si ocurría algo; que después se encontró con el agente de vigilancia señor Ocaña, y que, como le empezara a llamar la atención el público que había en la plaza, le preguntó si se celebraba algún acto, contestándole éste que los de la Acción Católica tenían anunciado un mitin, pero que no se celebraría porque no había sido autorizado, continuando, a pesar de esto, en actitud expectante por si ocurriera algo anormal; que en uno de los recorridos de calle que hizo aquella mañana, y hacia las once menos cuarto aproximadamente le llamó la atención ver una pareja de la Guardia civil que se dirigía precipitadamente hacia el cuartel, viendo poco después bajar al sargento del expresado Cuerpo en compañía de cinco o seis números, deteniéndose todos en los alrededores de la iglesia, y que entonces empezaron a cachear a todos los que pasaban por aquellos lugares. Que como tenía que redactar algunos partes bajó a la oficina del Cuerpo, comunicando lo que había visto al guardia Felipe Armolea para que estuviese muy alerta; que poco después, y estando en el Cuerpo de guardia, fué requerido por el mencionado Armolea para que bajase a la plaza; que lo hizo en el acto y pudo oír varios gritos de viva y muera el fascio; que tan pronto como bajó a la plaza se le acercó un individuo herido pidiéndole auxilio; que le preguntó el que depone quién le había producido aquellas heridas, y le contestó que fueron varios y que no conocía a ninguno; que en el acto lo condujo al Cuarto de Socorro y avisó al practicante para que viniera a curarle; que estando tomando la filiación al referido herido oyó un disparo, que debió hacerse en la calle de Manuel Calvo, y que en compañía del jefe y del guardia Armolea fueron hacia aquel lugar, recorriendo la expresada calle en todo su trayecto, sin que pudieran detener a nadie ni podido descubrir al autor del disparo. Que acompañando al jefe regresó de nuevo al Cuarto de Socorro, y estando terminando de realizar las diligencias referentes al herido de que ha hablado volvió a oír otra vez los mismos gritos de viva y muera el fascio; que en el mismo momento vino a requerir su auxilio el tantas veces citado Felipe Armolea, y al salir a la plaza se encontró con que la Guardia civil estaba disparando en distintas direcciones, recogiéndose, en vista de esto, en los soportales para no ser alcanzado por los disparos. Que una vez despejada la plaza se dirigió hacia un grupo que venía en su dirección conduciendo un hombre herido que conoció, pues era el vecino de esta villa Urcisinio Gallástegui. Que después, y estando en el Cuarto de Socorro con éste, entraron tres heridos más.

Que, dice, no vió más; por lo que se da por terminada esta declaración, que firma con el señor alcalde y conmigo el secretario, después de leída, de lo que certifico.—*Cándido Busteros, Angel Ríos y Mariano Ciriquián.*

Don Ioaquin Martínez Castrillo.—A las seis y treinta de la tarde del mis-

Queremos dar serenidad a nuestras palabras, aunque no podremos conseguirlo. Se suceden los acontecimientos con tal celeridad y, a la par, con tal incontinencia en la actitud y en el obrar por parte de las autoridades, que mucho nos tememos que toda la paciencia de que se ha revestido el pueblo español no sea bastante para resistir las embestidas que se le dan, acaso con el propósito de arrastrarlo a un terreno de violencia en que, sin duda, los hostigadores creen que llevarían la mejor parte.

Refiriéndonos tan solo a nuestra provincia, de la que conocemos mejor todos los recovecos y en la cual podemos avizorar hasta lo más recóndito de los procedimientos, las intenciones y las personas que intervienen en cada acción, debemos declarar que vamos llegando a una situación que puede tener cualquier día una solución catastrófica. No se puede poner al frente de una provincia de la categoría de Vizcaya, pero ni aun de la que menor importancia tenga en España, a una persona a la que, sin querer molestar, no podemos reconocer más que una petulancia quintaesenciada, un desconocimiento absoluio de los problemas y unas salidas de tono que pora sí quisiera una señorita histérica.

Las huegas, los conflictos del trabajo, señor Velarde, no se resuelven en la forma que usted cree que se pueden solventar, aunque se lo haya dicho su señor jefe político y aunque este jefe sea el señor Lerroux. Ya sabemos que con motivo de la llegada de los niños de los huelguistas de Zaragoza a Madrid ha dicho este ente que hasta hace poco se comía los frailes crudos, que cocon siete personas de mano dura arreglaba él estas cuestiones. Pero, a pesar de toda su fiereza, ni antes se comió los frailes ni le consentiríamos ahora que se comiera los niños. Y lo mismo que no se lo consentiríamos a él tampoco dejaríamos que lo hiciera ningún otro, por muchos consejos de esa naturaleza que haya recibido.

Las huelgas, señor Velarde, se resuelven de otra forma que imponiendo multas de cincuenta pesetas a cada uno de los huelguistas. Claro que no ha llegado usted a donde lo hizo su colega de Zaragoza, con lo que desató la huelga general de aquella localidad, que es lo único que le ha dado fama en España. Pero las huelgas se producen por muy distintas causas y la mayor parte de ellas suelen ser por las inconveniencias cometidas por las autoridades. No queremos decir nada con todo lo que antecede. No se trata de una amenaza ni de una baladronada. Es solamente una reflexión que nos hacemos a nosotros mismos, una reflexión que no nos conviene olvidar, porque nos la proporciona la experiencia de tantos años de lucha, durante los cuales han desfilado por el Gobierno civil de Vizcaya muchos gobernadores, unos con sentido común y otros con la cabeza vacía de ideas y llena de... petulancia. Y ha ocurrido siempre que las peores huelgas, las más crueles, las más innecesarias, las más tesonudas, las más sangrientas —a veces—, han sido las provocadas no por demandas colectivas de los trabajadores, sino por intemperancias de lenguaje u obra por parte de esos gobernadores... huecos.

Vizcaya, que aun con otros gobernadores defensores de la política actual ha sabido mantenerse en un plano de serenidad, va perdiendo poco a poco la paz y la ecuanimidad. Y de ello, podemos decirlo muy alto, no tienen la culpa los obreros.

Se viene haciendo una política contraria en absoluto a todo lo que pueda representar una simple benevolencia hacia los trabajadores. Y esto, que ya por sí sería suficiente para que los trabajadores no lo admitieran, pues nunca quieren vivir de la misericordia de nadie, se agrava con la animosidad con que se les trata. Queremos que haya un poco de reflexión en las alturas. No es mucho pedir reflexión. Ni siquiera pedimos inteligencia. Con un poco de reflexión acaso se pueda evitar que un día cualquiera se produzca, sin haberlo querido nadie, un choque que todos ignoramos cómo habrá de terminar.

Nuestro compañero Bruno Alonso fué comisionado por la minoría socialista parlamentaria para informarse sobre el terreno de lo acaecido en Portugalete el domingo de la semada anterior. El valiente camarada lleva datos tan interesantes como los que aparecen en la información que publicamos y otros recogidos de los propios heridos.
He aquí Bruno Alonso, acompañado de los compañeros Galván y Aznar (S.), miembros de la Comisión ejecutiva del Secretariado de la U. G. T. de Vizcaya.

Trabajadores: leed EL SOCIALISTA

SGCB2021

mo día comparece el que al margen queda expresado, que dice ser casado, mayor de edad y de esta vecindad, y, después de prometer decir verdad, manifiesta:

Que estando conversando con Urcisinio Gallástegui, junto al pretil de la ría y entre la rampa y la estación aproximadamente, y hacia las once y media de la mañana, vieron cómo iba hacia la estación un grupo que llevaba unas barras de metal, cuyo grupo fué agredido por otro; que entonces la Guardia civil se dirigió hacia éstos, los que inmediatamente se dieron a la fuga. Que uno de los agredidos, que vestía un traje claro y era de estatura regular, sacó una pistola, y encañonando al Gallástegui, que había avanzado unos pasos, le disparó un tiro, a consecuencia del cual cayó al suelo. La Guardia civil, entonces, se acercó a este punto, dando la vuelta por la rampa de la plaza y haciendo varios disparos.

Que no pudo darse cuenta de mas, por lo que se da por terminada esta declaración, que, después de leída, firma con el señor alcalde y conmigo, el secretario, de lo que certifico.—*Cándido Busteros, Joaquín Martínez y Mariano Ciriquián.*

Don Víctor Busteros Orobengoa.—Acto seguido comparece el que al margen se relaciona, que dice ser casado, mayor de edad, empleado y de esta vecindad; y, después de prometer decir verdad, manifiesta:

Que siendo las doce y cuarto de la mañana, aproximadamente, fué a la plaza de la República, y al poco rato de estar en ella vió bajar por la calle de Sabino de Arana a un grupo compuesto de unos catorce muchachos jóvenes, algunos de los cuales llevaban unas barras de metal y unos estuches; que al cruzar éstos la plaza se dieron algunos gritos de «¡abajo la guerra y el fascio!» y «¡viva la revolución!»; que el referido grupo se dirigió hacia la estación, y al llegar al comienzo de la rampa se repitieron los gritos antes referidos; que entonces vió cómo se acercaba a aquel grupo otro de tres o cuatro individuos que empezaron a forcejear con las barras que llevaban aquellos, destacándose del primer grupo un muchacho joven, que iba vestido de claro, y sacando una pistola hizo dos disparos, a consecuencia de los cuales cayó herido Urcisiano Gallástegui; que inmediatamente sonaron en la plaza varios disparos de fusil; que volvió la cabeza hacia el lugar de donde habían partido los tiros y vió a un guardia en posición de disparar; que entonces el que depone se recogió en la vuelta de la escalera de la plaza, que baja al muelle; que cuando cesaron los disparos trató de acercarse al herido, que continuaba en el suelo, no pudiéndolo hacer porque los guardias, amenazándole con los fusiles, le hicieron retirarse. Que entonces se refugió en un establecimiento próximo, donde permaneció hasta que recogieron al herido, uniéndose entonces a los que le conducían y acompañándolos hasta el Cuarto de Socorro.

Que no tiene más que decir, con lo que se da por terminada la presente declaración, que firma con el señor alcalde y conmigo el secretario, de que certifico.—*Cándido Busteros, V. Busteros y Mariano Ciriquián.*

Don Gregorio Sáiz Mendizábal.—A las seis y treinta de la tarde del día de hoy, ocho de mayo de mil novecientos treinta y cuatro, comparece en presencia del señor alcalde, don Cándido Busteros, asistido de mí el secretario, en las oficinas de la Secretaría de este Ayuntamiento, el que al margen se relaciona, que dice ser soltero, mayor de edad y de esta vedindad, y, después de prometer decir verdad, a requerimiento del señor alcalde para que exponga lo que viera de los sucesos a que se refiere esta información, manifiesta:

Que encontrándose sentado en el pretil que hay junto a la estación del ferrocarril de esta villa vió bajar hacia la estación un grupo de jóvenes, uno de los cuales hizo varios disparos, cayendo al suelo Urcisinio Gallástegui; que el autor de los disparos fué un tal Muñoz, de Baracaldo, a quien conoce; que entonces el que depone se acercó al herido, que continuaba en el suelo, conduciéndolo en compañía de algunos otros al Cuarto de Socorro; que en el camino tropezaron con el guardia Felipe Armolea, que les dijo «listos, listos», contestándole el declarante, «está muerto»; que después de salir del Cuarto de Socorro quedó en los soportales del Ayuntamiento, llegando entonces los guardias de Asalto, que despejaron la gente que estaba estacionada allí; que el teniente que mandaba aquella fuerza le recogió el bastón que llevaba el que declara y que cuando lo estaba examinando se acercó el guardia Armolea, a quien el referido teniente le preguntó por la condición personal del relatante, contestándole que respondía de él «que era un buen muchacho». Dice también que después de que el referido Muñoz hizo los disparos, la Guardia civil que estaba en la plaza hizo también varios disparos, sin que pueda precisar cuántos.

Y como no tiene más que decir, se da por terminada la presente declaración, que firma con el señor alcalde y conmigo, el secretario, de que certifico.—*Cándido Busteros, Gregorio Sáiz y Mariano Ciriquián.*

Doña Margarita Gabiña Andraca. Acto seguido comparece la que al margen se relaciona, que dice ser casada, mayor de edad, cocinera y de esta vecindad, y a requerimiento del señor alcalde para que diga lo que sepa sobre el hecho a que se refiere esta información, después de prometer decir verdad, manifiesta:

Que encontrándose en compañía de su hija en el mirador de la casa que habita, en la mañana del domingo último, y hacia las once y media de la misma, vió disparar a la Guardia civil que estaba en la plaza, junto a la estatua, y en una dirección que ella, dado el lugar que ocupaba, no podía precisar, pero que a continuación de estos disparos vió que conducían por la plaza a dos heridos, sin que pudiera ver más porque en vista de su estado de ánimo, cada vez más inquieto, tuvo que retirarse.

Y como no tiene más que decir, se da por terminada esta declaración, que, después de leída, firma con el señor alcalde y conmigo, el secretario, de todo lo que certifico.—*Cándido Busteros, Margarita Gabiña y Mariano Ciriquián.*

Don Eustaquio Martínez Bueno.—A continuación comparece el expresado al margen, quien dice ser viudo, mayor de edad, empleado y de esta vecindad; y, después de prometer decir verdad, requerido por el señor alcalde para que deponga sobre los sucesos a que se contrae esta información, expone:

Que por razón de su cargo estuvo toda la mañana del domingo en los alrededores del fielato de la estación, y que vió algunas veces correr al público de un lado a otro, y que hacia las doce y media vió bajar un grupo de jóvenes en dirección a la estación, y que cuando llegaron a la caseta de venta de periódicos que hay en aquel punto oyó una gritería; que entonces él se refugió en el fielato y enseguida se produjeron varios disparos; que al poco rato, y por el ventanillo de la caseta, vió cómo un grupo conducía a un herido al Cuarto de Socorro; que antes de haberse producido los disparos a que se ha referido vió también a la Guardia civil por la plaza con el fusil al brazo en actitud de despejar la misma.

Que no vió más de lo que dice, por lo que se da por terminada esta declasación, que, después de leída por mí, firma en prueba de conformidad con el señor alcalde y conmigo, el secretario, de lo que certifico.—*Cándido Busteros, E. Martínez y Mariano Ciriquián.*

Compañero, trabajador,

"El Socialista"

es tu periódico: cómpralo.

"Tiempos Nuevos"

Se ha publicado el segundo número de la interesante revista socialista de estudios municipales y provinciales titulada *Tiempos Nuevos* que dirige nuestro camarada Andrés Saborit.

El sumario que contiene este número es el siguiente: El antiguo Hospicio, por Luis Bellido; Estamos satisfechos; Importancia de la estadística en la vida moderna, por Antonio Saborido; Tratamiento de las basuras urbanas, por José Paz Maroto; El Laboratorio Municipal de Higiene, por Juan García Revenga; Al magen de la ciudad, por Mariano Rojo; La nueva ley Municipal de Prusia; Disposiciones oficiales; Los acogidos en los asilos de El Pardo, por Dionisio Correas; Los derechos pasivos de los funcionarios municipales y provinciales, por Manuel Vigil; La ley Municipal de Cataluña; La Prensa monárquica y los concejales socialistas; Una encuesta de *Tiempos Nuevos;* Las obras de la Ciudad Universitaria; El fracaso de la ley de Casas Baratas, por Eduardo González Odriozola; Un bonito negocio, aunque algo macabro; La Escuela nacional y el Municipio, por Fermín Corredor; Función del médico escolar, por José Valcárcel; Las escuelas del distrito de La Latina; Población escolar matriculada en Madrid; Las Bibliotecas circulantes, por Víctor Espinos; Observaciones de un crítico de arte por Cayetano Redondo; Exacciones municipales, por Porcinuño; Las derechas calumniadoras; Un poco de moderación no sobraría; Nuevas fuentes de ingresos municipales, por Vicente de Orche; Escuela-taller municipal de Artes industriales y de cerámica, por Jabinto Alcántara; La administración socialista en Viena; Las prestaciones personales abolidas, por Lucio Martínez; Los Municipios rurales y las usurpaciones; ¿Da prestigio ser concejal?, por Andrés Saborit.

Las suscripciones, al precio de 24 pesetas al año, 14 al semestre y 7,50 al trimestre, deben dirigirse a la Administración de *Tiempos Nuevos,* calle del Rollo, 2, Madrid.

Los números sueltos se facilitan a provincias en las condiciones que ha señalado la Administración de *Tiempos Nuevos,* que los servirá a los corresponsales que los deseen.

Inmoralidad de los morales

Dos actos he presenciado hoy, festividad de gran relieve dentro de las Ordenes religiosas, que me han puesto de manifiesto la intransigencia y la moral de los que, sin perder ceremonia eclesiástica, se amparan en un catolicismo que están, ellos mismos, arrastrando por los suelos.

Primero: En el aristocrático café del Lion D'Or, sentados en su terraza, un grupo de capitalistas bilbaínos se recreaban como ellos acostumbran. A sus pies, un anciano de unos setenta años recogía las puntas de los cigarrillos desparramados por los suelos.

Segundo: Ante el cadáver de nuestro camarada Salsamendi ni siquiera tienen la cultura de descubrirse respetando al hombre que ha cumplido una misión en el mundo y pasa a ese otro que para los familiares es la eterna separación.

Dos casos verdaderamente vergonzosos. En el primero, una serie de parásitos sociales que jamás han hecho otra cosa que vivir de la explotación de los demás permiten que a sus pies recoja colillas un anciano que ya no tiene con que comprarse tabaco. Un hombre que con toda seguridad ha pasado su vida en constantes privaciones a trueque de un trabajo que jamás ha sido remunerado como debía y que ha criado una familia que hoy, o hace una vida tan mísera como la suya, o está engrandeciendo la economía de los magnates españoles con su esfuerzo y su trabajo.

En el segundo, todo el cristianismo y religiosidad se convierte en un sectarismo de tal intransigencia, que lejos de merecer el respeto de los demás hombres no sirve más que para despertar sus iras, justas hasta la exageración, pretendiendo que, como antaño, solamente existe el respeto que ellos imponían por la violencia.

Todo ello me hizo recordar los tiempos en que Primo de Rivera entrara en el Poder. Por aquella época los sacerdotes se erguían desafiando a los que no pensaban como ellos y caso se vió de salir uno de bajo el palio en que se guarecía para obligar a descubrirse al transeúnte que no compartía la religión que él representaba. Aquella soberbia ha resucitado. Con el advenimiento de la República pareció que se comenzaba a respetar la libertad de pensamiento, la libre ideología tanto política como religiosa; pero una vez más hemos comprobado que todo ello no era sino el empequeñecimiento de verse arrollados por un pueblo que conquistaba la libertad de su conciencia y que trataba de imponer que fuese respetada.

Mas esta bondad de que hemos dado muestras no ha servido más que para que, tomándola ellos por cobardía, se engrandezcan y traten de imponer nuevamente su voluntad. En todo comprobamos esta serie de circunstancias. Delincuentes que atentaron contra la economía nacional, que trataron de desvalijar a la Hacienda española, han sido rehabilitados tal y como si sus delitos fueran merecedores de consideración alguna; y, sin embargo, los trabajadores que por todo delito no hacen otra cosa que defender sus derechos de ciudadanía, se ven perseguidos como si realmente fueran los verdaderos delincuentes. Se crean fuerzas e institutos armados; se refuerzan las existentes, y sólo ve el Poder constituído un peligro en las masas trabajadoras que se rebelan contra la suerte que les está deparada. ¿Pero no es para rebelarse, sobre todo un hombre joven, el ver a ese anciano arrastrando una vida de miseria y vilipendio? ¿No es para rebelarse la intransigencia de una España que es necesario aniquilar puesto que de españoles no tienen más que el haber nacido en territorio español, cuando en realidad no son otra cosa que vaticanistas?

Porque estos que se niegan a socorrer a un anciano, que no se quieren descubrir ante un cadáver y que lejos de comprender la realidad de las cosas las desfiguran y quieren hacer ver que ellos son los ofendidos, no son ni pueden ser hijos fervorosos ni hermanos leales de nadie. Viven a costa de la patria y explotan a sus hermanos. Son intransigentes y soberbios como si fueran soberanos. Humillan y explotan como semidioses, y en toda la carrera de su vida no existe más que crímenes, que las leyes no han visto o no han querido castigar.

Esta es la consecuencia de nuestra benevolencia anterior. Fuimos Poder y se empequeñecieron para que no descargáramos sobre ellos todo el peso de la justicia; sus malas artes les han puesto nuevamente arriba, y lejos de agradecerlo han hecho como aquellos soldados austríacos que debiendo la vida a unos obreros sublevados, al cogerlos presos fueron los más crueles en lugar de pagar con gratitud la vida que les debían. Y si esto hacen hoy, cuando todavía están sobre un volcán que puede tragarlos en cualquier hora, ¿qué podemos esperar si llegan a conseguir racer de España una nueva Austria?

L. SOURROULLE

Juventud Socialista de Bilbao

Esta Juventud celebrará asamblea general ordinaria, correspondiente al primer trimestre del año en curso, el próximo viernes, día 18, a las ocho y media de la noche, a fin de tratar sobre el siguiente orden del día:

1.º Lectura de actas.
2.º Idem de comunicaciones.
3.º Idem de cuentas.
4.º Movimiento de afiliados.
5.º Gestión del Comité.
6.º Nombramiento de cargos para la Provincial: presidente y secretario 2.º
7.º Preguntas y proposiciones.

Las proposiciones han de entregarse cuarenta y ocho horas antes de la asamblea.

Por ser los asuntos a tratar de suma importancia, se recomienda la más puntual asistencia.

—

Relación de ingresos, traslados y bajas en esta Juventud en el primer trimestre de 1934:

Ingresos.—Angel Alumbreros, Francisco Aurebaso Eguizábal, Andrés Arámburu Ezquerra, Valeriano Astarte Expósito, Antonio Adell García, María Agúndez Gil, Santiago Andona Liendo, Tomasa Angulo Ortiz, Julio Alverade Torrecilla, Cecilio Arregui Giménez, Vicente Borreguero, Francisco Berástegui Gámiz, Alberto Belacorta Núñez, Antonio Breña Santamaría, Federico Bilbao Nieven, Juan Bilbao Elvira, Eugenio Barrio Gutiérrez, Balbina Cianca Arroyo, Juan Ciarreta Andrés, Pablo del Campo Crespo, Gumersindo Contreras Cruz, Miguel Carnero Fons, Alfonso Cruzado González, Alejandro Ciarreta Musgoiti, Eustaquio Cuevas Ramos, Arturo Cruz Olazagoitia, Antonio Díez, Victoria Dueñas Anguiano, Angel Díez Gambra, Manuel Durán Pérez, José María Elberdín Arteche, Ricardo Echevarría Echausquin, Manuel Epeldegui Fernández, Alejandro Espejo Orduñez, Manuel Espinosa Uribe, Román Magaña Amutio, Jesús Marcos Aja, Pedro Muro, Gonzalo Muro Delgado, Jesús Medinabeitia Guinea, Ricardo Menéndez Hernández, Ernesto Mugarra Jaca, Angel Marcías Martínez, Policarpo Magdalena, Félix Merodio Miguel, Cipriano Martínez Lastra, Aurora Minguel Pérez, Fernando Mazorriaga Pierna, Jesús Martínez Pereita, Mercedes Oyarzábal Alonso, Mercedes Ortiz Bustamante, Isabel Otanduy, Carlos Ochoa San José, Antonio Peña Asensio, Santiago Pinedo Castillo, Gabriel Pérez Fernández, Agustín Pérez Gómez, Jesús Pérez González, Francisco Pascual Martín, Ignacio Pérez Larrachona, Miguel Ruiz Aróstegui, Lola de la Riva Cano, Antonio Rodríguez López, Feliciano Requejo Plaza, Rosario Rabaneda, Carmen Róstegui Rodríguez, Concepción Rodríguez, Agricol Salinas Artagoitia, José Segarra Benguría, Miguel Segurajáuregui Etalde, Carmelo Salazar Pérez, Petra Frutos Caminos, Luis Fernández Domingo, Bienvenido Fernández Ramos, María Luisa Fajarnés Betanzos, Máximo Garay Alonso, Angel Gallaga Barriocanal, Alfonso Guillermo Cebrián, Jesús García Grandal, Aurora Gómez y Gómez, Angela García Larrea, Luis Garay Simón, Sabino González Sánchez, Esteban González Sánchez, Palmira García Rodríguez, Acracia García Rodríguez, Julio Gutiérrez Pérez, Rafael Garrote Pueyo, Carmen Hernández Merino, Eustaquio Iglesias Campos, Celia Iglesias Fernández, Emilio Izaguirre Horma, José Luis Izarrugara Losa, Antonio Julián Axpe, Elvira Jaque Bustamante, Benita Lostaunman, Gustavo López Abadía, Jesús Lastra Barquín, Paula López García, Rosa Larrea Soler, Teófila Lázaro Soto, Antonio López Díaz, Maximiliano Lázaro Cuesta, Vicente Trabadello Pardo, Mariano Chimaro Apelániz, Antonio Vega Alvarez, José Villanueva, Progreso Vergara Artigas, Carmen Virio Duñaveitia, María Victoria Castillo, Nicolás Zárate Arechavala, Victoria Zabala, Eduardo Garay Grola, Julia Elacia Pérez, Dionisia Pérez Cuevas, Mercedes Morales Sáez, María Ferrer Varela, Mariano Tellejero, Ricardo Lucas Regadas, Angel Alonso Celaya, Máximo Ayala Fernández, Saturio Herrero García, Francisca López, Vicente Ortiz y Manuel Veiga; Martina Orbe Echevarría, traslado de la de Erandio; Emilia Arechavala Díez, de la de Miranda de Ebro, y Mario Aldo Beni, de la de La Arboleda.

Traslados.—A la Agrupación: Asensio Valdivielso, Victoriano García, Antonio García Uriarte, Basilio Redondo, Manuel Unzaga, Pío Martínez y Felipe Ibáñez Gómez; a la Juventud de Madrid: Ricardo Rouco; a la de Sestao: Aurora Matillas; a la de Portugalete: Leandro Melcón; a la de San Miguel de Basauri: Bernardo Díaz Rodríguez; a la de Santander: José Luis Gómez Gumersindo.

Bajas.—Constance Gurruchaga, Jacinto Calouje, Joaquín Toyos Buenaga, Flora López Calatayud, Benigna García Garcés, Josefa Oyarzábal y Simona López.

Camaradas: leed LA LUCHA DE CLASES

Sacrificio por la patria

Con frecuencia la prensa mercenaria aduce informaciones acerca de los señores que se sacrifican por la patria, aunque, en su mayoría, no han hecho otro sacrificio que el de vivir a cuenta de los demás ciudadanos.

Así oímos, a veces, decir que se sacrifican por la patria los políticos que han subido al poder a cuenta de arrastrarse, después de haber pasado muchos de ellos por los partidos más extremos de la política nacional; y vemos que, cuando llegan a alcanzar puestos que el pueblo debiera controlar, son los más encarnizados enemigos de la acción del pueblo que los encumbró, a quien tratan como menor de edad.

Se «sacrifican» por la patria los políticos que ansían puestos directivos para colocar a sus familiares y amigos; los que, estando en organismos oficiales, están al servicio de la clase capitalista; los que dicen hacer justicia y son acérrimos enemigos del pueblo que produce; los que, haciendo ver al pueblo lo que no sienten, predican unas doctrinas que desde sus cargos traicionan, engañando con ello al pueblo trabajador, en beneficio de los poderosos.

También dicen que se sacrifican por la patria los jefes y oficiales de los cuerpos armados procedentes de las clases acomodadas para defender los intereses del capitalismo.

Todos ellos, por su sacrificio, son, al llegar a una edad avanzada, mirados con cariño por la nación. Desde el más modesto funcionario del Estado, Municipio u organismo oficial al más alto magistrado, tienen, al llegar a una edad avanzada, el retiro según el empleo que han desempeñado, sin perjuicio de que después de estar retirado procure adquirir un nuevo puesto, aunque sin tanto sacrificio.

Los que no se sacrifican por la patria son los que toda su vida están sufriendo privaciones: los trabajadores del músculo y de la inteligencia; los que dan vida a la nación con el esfuerzo de su trabajo; los que hacen funcionar las fábricas, los ferrocarriles, los barcos; los que extraen de las entrañas de la tierra los productos para que la vida nacional prospere; todos los que trabajan la tierra en los campos de la nación; los que construyen los poblados urbanos; en fin, todos los productores. Estos, salvo muy raras excepciones, al llegar a una edad que por no poder producir son arrojados a la calle sin tener en cuenta la riqueza que por su esfuerzo han producido, son los que por no haberse sacrificado por la patria no tienen derecho a que la nación o el Estado les ampare, aun siendo una mayoría abrumadora; para nada se les tiene en cuenta. Y como estos últimos no son de «los que se sacrifican por la patria», no es extraño que su sacrificio no es tenido en consideración por la burguesía, por la prensa mercenaria ni aun por el Estado.

EDUARDO PÉREZ

Por los huelguistas de Zaragoza

Sin perjuicio de dar cuenta detallada de toda la gestión llevada a cabo por la Comisión Pro-socorro a los huelguistas de Zaragoza, residente en Baracaldo, estimamos un deber exponer públicamente lo hasta ahora actuado, dando así justa satisfacción a cuantos, al unísono del admirable clamor nacional de solidaridad, respondieron al llamamiento que nosotros hicimos en este Baracaldo proletario.

Pasan de mil las inscripciones recibidas para hacerse cargo de hijos de los camaradas de Zaragoza.

Se ha acosado a la Comisión requiriendo noticias sobre la efectividad de la expedición. Al habla con la Comisión de Zaragoza, nos expusieron las dificultades que les ponían para la salida de los pequeños mensajeros de la fraternidad obrera.

Solucionada la huelga, ese deseo común se ha hecho irrealizable por recientes disposiciones que la Prensa ha divulgado. Los niños no vienen. Pero la actuación de este Comité no cesa todavía. Es preciso continuar la labor emprendida. Nuestra conversación con los compañeros de Zaragoza así lo determina.

Cuando la burguesía, escandalizada ante el ambiente que en todo el ámbito nacional había causado el éxodo de los niños hambrientos, abre en Zaragoza comedores para, con la máscara de la caridad, acabar de aplastar a sus víctimas, el Comité de Socorro, con la solidaridad de los demás trabajadores, estableció comedores propios, únicos en los que podía servirse el más preciado manjar: la dignidad. Por ello esta Comisión de Baracaldo ha remitido ya MIL DOSCIENTAS PESETAS, y seguirá recaudando cantidades con el mismo objeto. Es preciso que se adquieran todos los sellos editados; que las suscripciones periódicas sigan haciéndose efectivas como hasta ahora, y que no cesen los donativos, que continuará recibiendo el compañero tesorero. Todo es necesario.

Con la colaboración del Grupo Socialista de Sestao, se había organizado una velada benéfica para el día 12, en el teatro María Guerrero, de la Casa del Pueblo; pero ésta, con el café y el teatro, que son servicios independientes, ha sido clausurada gubernativamente. Se ha suspendido, por ahora, la velada. Razón de más para que a las consecuencias de un acto contra las organizaciones proletarias nuestro espíritu solidario sea más fervoroso y más constante.

Camaradas: ¡Viva la solidaridad proletaria!—El Comité Pro-socorro: *U. G. T. - C. N. T.*

Trabajadores: leed EL SOCIALISTA

La huelga de los estudiantes

Nuevamente se ha producido, y esta vez con carácter general a toda España, un movimiento de los estudiantes de la F. U. E. Causas, la de haber sido muerto uno de sus afiliados por los filofascistas y, con tal motivo, haber visto cerrados sus domicilios por el Gobierno.

En ese país donde parece haber muerto la sensibilidad de muchos hombres entrados en años hasta el extremo de no darse cuenta de la obra terriblemente negativa que vienen llevando a cabo los hombres del partido radical a las órdenes de los jesuitizantes de la Ceda y de los agrarios, es una esperanza el resurgir de la clase estudiantil que ya por los últimos tiempos de la dictadura de Primo de Rivera levantó el espíritu de los españoles haciéndoles pensar que la ignominia merece siempre ser barrida.

Felicitamos efusivamente a los valientes muchachos de la F. U. E. que vienen poniendo en su actuación el tono de irrespetuosidad que merecen determinadas conductas y no dudamos que su labor demoledora habrá de producir efectos similares a aquellos que tanto dieron que sentir a... *pasos largos.*

Los nuevos ingresos

Relación de solicitantes al ingresos en la Agrupación Socialista de Bilbao:

Nicolás Balgañón Menéndez, Demetrio Bartolomé Pérez, José Ramón Llamosas Gutiérrez, Gregoria Fernández Lecaren, Josefa Gracia Visús, Natividad Garrido Nájera, Juana Celorrio, Bienvenido Antolín Pérez, Felipe Ibáñez Gómez, Angel Mier Prieto, Juan Gómez Portilla, Francisco Maeso Quintanilla, Faustino Oca Rodríguez, Ernesto Ibarra y Manuel Ullívarri Lavín.

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE BILBAO

ESTACIÓN, 3

Institución de carácter benéfico-socia

Patrocinada por el Excmo. Ayuntamiento y bajo la tutela del Ministerio de Trabajo y Previsión Social

AHORRO ESCOLAR — OBRA MATERNAL — CULTURA
PROTECCION A LA INFANCIA — BENEFICENCIA

SALDO DE IMPOSICIONES EN 31 DE DICIEMBRE DE 193: 3

Pesetas 175.610.943,92

Destina sus BENEFICIOS reglamentariamente al aumento progresivo de los FONDOS DERESERVA y a sostener las OBRAS FILIALES, de las que es fundadora en Vizcaya.

Subcentral y Monte de Piedad: Plaza de los Santos Juanes
44 Sucursales - Monte de Piedad en Baracaldo

Talleres Gráficos Fermín Zarza.—Recacoeche, 8.—Bilbao

SGCB2021

Vuelve la ignominia

Por la traición de los radicales

Con motivo de la aplicación de la ley de Amnistía, vuelven a España ciertos sujetos presidiables que se creyó al advenimiento de la República no volverían más a nuestro país. Entre los amnistiados figura el siniestro Martínez Anido, autor de la ley de fugas, aplicada durante el período de su mando en Barcelona. Todo esto ha sido posible por la traición de los radicales, la piara de cerdos que hociquean en la República para desprestigiarla y devorarla puercamente. En el libro de Pío Baroja El Cabo de las Tormentas *se publican unos capítulos en los que se retrata a Martínez Anido y a su sicario mayor, Arlegui. Del citado libro reproducimos parte de algunos capítulos para que los que por su edad no vivieron aquella época siniestra puedan darse idea aproximada de ella. Apreciarán mejor también la odiosa conducta de los radicales, que han sancionado toda la política monárquica que chorrea sangre obrera.*

«—¿Martínez Anido obraría como un déspota?

—Sí. Completamente. Para este hombre la vida de los demás no tenía importancia; si se trataba de un enemigo, creía que tenía derecho a todo. Al acusado de ideas sindicalistas, aunque no hubiera hecho nada, después de llevarle a Barcelona desde cuarquier parte en conducción ordinaria, es decir, a pie y con la Guardia civil, lo mandaba meter en la cárcel y lo encerraba tres o cuatro meses. A algunos los tuvo treinta meses sin tomarles declaración. Entonces la mujer, la hija o la hermana del preso iba a visitar a Anido. El sátiro orangutanesco abusaba de las mujeres; luego decía: «Que suelten al preso», y cuando estaba libre lo mandaba matar.

Este miserable, flor del ejército, tenía como colaborador al hombre que le hacía bueno, al general Arlegui.

—Buen colaborador.

—Arlegui era un bruto, mixto de canalla y de burócrata. Como jefe de la Guardia civil, se había distinguido por sus chinchorrerías. Tenía un gran placer en reñir, en procesar, en inventar molestias inútiles para los subordinados. Era cominero y ridículo. Arrestaba por las causas más pequeñas a dos y a tres meses en cuarteles y recintos fortificados. En un pueblo de la provincia de Segovia tuvo a la Guardia civil de maniobras en un día de agosto abrasador, con su traje de paño y sus correajes, una porción de horas. Las mujeres de los guardias le apedrearon después a la vuelta. Arlegui era muy pincho, hablaba con acento entre americano o andaluz, diciendo palabrotas.

—¿Qué tipo era?

—Era alto, de nariz larga, ojos claros, bigote blanco y corto, la boca recta y rígida, los labios un poco caídos y pesados. Tenía cara de militar español, el pecho lleno de cruces, el aire satisfecho y petulante, el pelo con raya, tenía ojos de *cocotte*, con unas arrugas alrededor y la pata de gallo. Tenía una cara de militar del tiempo de Fernando VII, era un pedante, un tonto y al mismo tiempo un sádico; padecía diez enfermedades juntas. Debía de tener una úlcera del estómago y una lesión cardíaca.

Martínez Anido se las echaba de delicado al lado de su jefe de Policía. ¡Delicado aquel animal inmundo!

Anido decía:

—Yo no suprimo a la gente. Tengo mis servidores tan fieles que cuando me estorba alguno me basta decir: ¿qué es de Fulano de Tal?, ¿dónde se esconde?, para que a la semana siguiente me lo ofrezcan en el depósito de cadáveres.

Arlegui bajaba a los calabozos infectos de la Jefatura de Policía, a veces con la pistola en una mano y en la otra el espadín. Era cobarde como una liebre. Mandaba abrir el calabozo y entraba dejando la puerta abierta.

—¿Has declarado? —le preguntaba al detenido.

—Yo no tengo nada que declarar. Yo no sé nada.

—Está bien. Mañana declararás. A pan y agua.

Al día siguiente repetía la visita, y si el preso no declaraba seguía el mismo procedimiento, y a los tres días le suprimía el agua.

Arlegui solía tener en su mesa una dobladera de acero, afilada como un puñal. A veces, cuando le llevaban algún obrero detenido, le decía:

—¡Eh, tú, valiente! —y le pinchaba con la dobladera.

Al ver que el hombre se retiraba espantado decía riendo:

—¡Cobarde, no tienes valor!

Los policías, por orden de Arlegui, llevaban a aquellos inmundos calabozos de la Jefatura de Policía, que no tenían más respiradero que una aspillera estrecha, a los ladrones y a los invertidos para que a los políticos la estancia les fuera más desagradable.

Cerca de la Jefatura de Policía estaba el bar del Recreo, donde se reunían algunos pistoleros del Libre, y cuando pasaba por allá algún sindicalista de noche, salido de la Jefatura, su muerte era muy probable.

Arlegui era un hombre despótico, terrorista y cobarde. Estaba neurasténico y enfermo, tenía una úlcera en el estómago y con frecuencia vómitos de sangre. Sus disgustos con la familia le desquiciaban. Padecía manía persecutoria.

Por las noches se levantaba y empezaba a gritar:

—¡Quieren matarme! —y registraba la casa por ver si había bombas debajo de las camas.

El miedo le hacía vivir en un constante delirio. Veía en los periódicos, a veces en los anuncios, acusaciones y amenazas.

Creía que los fiscales trabajaban contra él. A un agente de Policía le llamó una vez y le dijo:

—Vaya usted a ver al fiscal de la Audiencia y le dice usted: Vengo a decirle a usted, de parte del general Arlegui, que es usted un canalla y un hijo de p...

Exigía a todos sus subordinados que le llamaran Excelencia y Mi general.

Arlegui se rodeaba de precauciones, se encerraba en casa, vigilaba los alimentos para que no le pudieran envenenar.

Entre otros muchos crímenes, se contó que Arlegui a un sindicalista muerto a palos y a tiros por la gente a sus órdenes le frotó los ojos con el puro encendido y le atravesó el cuerpo varias veces con el espadín. A este sindicalista muerto lo cogieron luego, le llevaron en un auto a la vía del tren, donde un expreso lo destrozó.

Arlegui no era como un tigre o una hiena, sino como la araña, que no ataca a la víctima más que cuando está sujeta y envuelta entre sus hilos.

Por entonces los sindicalistas pistoleros del Unico mataron a un inspector de Policía llamado Espejo, Espejito, hombre de confianza de Arlegui. Los sindicalistas charlaban en un café al cual iba el policía a espiar y a tomar datos. Espejo se sentaba en una mesa en un grupo de gente. Uno de los pistoleros llamó al mozo, que era de la Asociación, y le dijo:

—Tú márcame al policía.

Al salir Espejo, el mozo señaló al policía. Salieron dos pistoleros, le siguieron a Espejo y en una calle céntrica lo mataron. Al saberlo Arlegui, bramando de coraje, se echó al teléfono y llamó a las Comisarías.

—¿Cuántos presos políticos hay ahí?

—Tres —les contestaban.

—Matarlos.

Llamaba en otra Comisaría:

—¿Cuántos presos hay ahí?

—Cuatro.

—Aplicarles la ley de fugas.

Se dijo que en la sala de autopsias del Hospital Clínico aquella noche se juntaron treinta y seis cadáveres de sindicalistas alrededor del cuerpo del policía Espejo.

Anido y Arlegui fueron a la sala a ver el espectáculo. Se aseguró que Arlegui, furioso porque habían matado a su amigo y confidente, disparó su pistola en la cara de uno de los anarquistas muertos que conservaba los ojos abiertos. Al parecer, estaba trastornado. Arlegui se quedó solo en el depósito de cadáveres, y dirigiéndose a Espejo, entre los treinta y seis obreros muertos, le decía de una manera sentimental:

—Espejo, no te quejarás de mí. Ahí los tienes; son las flores con que adorno tu cadáver.

Al día siguiente, en el entierro del policía Espejo, detuvieron a dos sospechosos, los registraron, y la pareja de Seguridad afirmó que llevaban dos pistolas. Al ser conducidos de noche a la cárcel, los policías dijeron que habían querido huir y les descerrajaron unos tiros. Una de las víctimas no murió en el acto; pudo llegar a la Casa de Socorro y contó lo ocurrido.

Naturalmente, no se procesó a nadie. Los policías decían:

—Como que vamos a dejar que maten de rositas a los nuestros.

¡Treinta y tantos a cambio de Espejito les parecían pocos!

Los policías, según las órdenes de Anido, no tenían obligación de declarar en los procesos de terrorismo.

Obreros: Leed y propagad

La Lucha de Clases

Es vuestro deber

Los radicales de Madrid han distribuido entre algunos de sus asociados cien cunitas regaladas por el señor Salazar Alonso.

Cada uno siente sus aficiones por lo que lleva dentro. Y claro, el ministro de la Gobernación tiene que recordar en todo momento que es cunero.

Que lo diga Martínez Barrio.

—

El ministro señor Cid ha dado un mitin, en el que ha manifestado que los agrarios trabajarán en pro de la agricultura y la ganadería.

En el fomento de ésta ya sabemos que están muy interesados. Por lo pronto no quieren dar trabajo ni oír hablar de quienes no sean unos borregos.

—

Cambó se ha soltado el pelo hablando de March. Y recaba para sí el honor de haber sido el primero que hizo frente al político, sí que también bordeador del Código, mallorquín. Pero cuando ve en letras de molde sus propias palabras, se asusta de ellas y dice que ni dijo digo, ni Diego, ni ná.

¿Qué ha sido eso? ¿Una declaración seria? ¿Un cnantage?

—

Para Salazar Alonso no existe el fuero universitario. Así lo ha declarado solemnemenre.

Lo comprendemos. Cuando no reconoce el de su compañero del Ministerio de Trabajo al intervenir en las cuestiones sociales, menos va a pararse en pelillos como el fuero universitario.

—

«En Bilbao trabaja todo el mundo», declaró el ministro de la Gobernación el pasado sábado.

Era prudente declararlo. Porque la actuación del gobernador de Vizcaya era como para que toda España creyera que ese día no se había movido en esta provincia más que la Policía.

—

En Oporto se ha inaugurado una sala de cultura italiana. Y en la pelea que se produjo al hablar el señor Duossi, ministro de Italia, momentáneamente en dicha ciudad, se utilizaron como proyectiles los libros expuestos.

Nos dicen que hubo señor que salió del acto imitando a Sancho Panza en el pasaje aquel del libro inmortal en que se relata la busca del burro perdido... Es que le habían metido en la mollera, de un boleo, uno de los libritos que ahora se da a los niños en las escuelas de la patria del Dante.

—

Han aumentado de precio las esponjas. No es que se haya desarrollado el deseo de higiene en nadie. Solamente obedece el caso a que nuevamente se ha planteado la escisión en el partido radical... Y se ha precisado una gran cantidad de ellas para enjugar las lágrimas del señor Lerroux.

—

Estamos ante una débacle. *A «El Gallo» le echan un toro al corral. A Lerroux se le van las cabras...*

El aprisco radical se halla alborotado y amenaza una desbandada. Cualquier día nos despertamos sabiendo por los diarios que los pocos verdaderamente republicanos de entre los radicales, tras de echar al corral a Martínez Barrio, como al toro de «El Gallo», se han ido con el padre Segura, mientras los restantes tornan a las tiendas monárquicas, de donde nunca debieron haber salido.

Por "El Socialista"

El pasado sábado tuvo lugar en el Cinema Bilbao la función organizada por los empleados del mismo a beneficio de nuestro diario *El Socialista*.

La Comisión puso todo su entusiasmo en la organización de este acto, habiendo visto su obra coronada por el mayor éxito, hasta el extremo de llegar a vender casi todo el billetaje. No es extraño, por tanto, que el beneficio obtenido sobrepasara a los propios cálculos de los organizadores del acto, quienes tienen la satisfacción de comunicaros que en la velada de referencia ha quedado un remanente de pesetas 623, que será remitido inmediatamente a *El Socialista*.

Felicitamos a la Comisión organizadora por su acierto en la forma de llevar a féliz término la empresa que acometió, y a nuestro diario, que con tal motivo recibirá una ayuda para compensarle de las pérdidas que viene originándole la persecución de que es objeto por parte del Gobierno, que trata de librarse, por cualquier medio, del censor más riguroso de sus desaciertos.

LA BARBARIE PARDA

LA QUEMA DE LOS LIBROS

POR J. B. WIESE

El 10 de mayo de 1933, la Plaza de la Opera de Berlín fué escenario de uno de los espectáculos más tristes que registra la historia de la Humanidad. Frente a la antigua Universidad, donde ciento veinte años antes Ficete, enamorado de la Revolución francesa, había pronunciado sus discursos al pueblo alemán, ensalzando la Libertad e invitando a los alemanes a librarse del yugo napoleónico, a pocos pasos de la estatua de Alexandro Humboldt, fundador de la Universidad berlinesa, sabio y enemigo del «junkerismo» prusiano, destacamentos de estudiantes nazistas, con antorchas en la mano, rodearon un enorme montón de libros, preparados para ser quemados.

Camiones conducían nuevos cargamentos de literatura incesantemente. Bandas de música tocaban una especie de melodía fúnebre, y cuando a medianoche las llamas convirtieron en una inmensa hoguera aquel montón, en que yacían las obras de los más selectos espíritus de la cultura alemana, de un altavoz se oía la voz del ministro de Propaganda del Tercer Reich, Goebels, que decía: «... y entrego, pues, a las llamas: los escritos del judío Magnus Hirschfeld, por inmoral y por atentar contra la virilidad del pueblo alemán... entrego a las llamas los escritos del judío Sigmund Freud, por inmoral y por calumniar el alma del pueblo alemán...» Luego, el himno de la «liberación de Alemania» se elevó hacia el firmamento. Los nazis se habían quitado la máscara y aparecían, en aquella fecha de triste recuerdo para el pueblo alemán, como lo que en realidad son: incendiarios.

—

Para nosotros, que ellos quemen las obras de Carlos Marx, de Lenin, de de Engels no tiene nada de extraño. Concebimos, que ellos no puedan oponer a los grandes sabios y pensadores nuestros otra cosa que ladridos y el fanatismo medieval. Pero no se han limitado a ello; al mismo tiempo quemaron también las obras de Zweig, Mann, Remarque, escritores que querían defender en sus obras a la democracia. Ni uno de éstos ha indicado la salida revolucionaria de los dilemas en que se encuentra la Humanidad, pero ha bastado que estos escritores, como Remarque, muestren a la carne de cañón de mañana lo que será su suerte para atraerse el odio más profundo de los sectores que ven una salida en una nueva guerra imperialista.

Marx escribió antiguamente que el mismo espíritu edifica el sistema filosófico en el cerebro del filósofo y construye el ferrocarril por las manos del obrero. Escribió Marx esas palabras en su juventud cuando aún padecía la influencia de la filosofía idealista. Pero, no obstante, esas palabras contienen una profunda verdad: no puede haber Estado que engrandezca la industria y haga progresar la técnica, donde la idea científica creadora sea destruída en un dominio cualquiera. El nacionalsocialismo, última modalidad de la reacción, que por el hierro y por el fuego combate el pensamiento en el dominio de la sociología, en el de las ciencias naturales, porque es incompatible con el espíritu alemán, demuestra con ello que lo que denomina «espíritu alemán» ha llegado a ser inconciliable con todo progreso. Y, en realidad, el régimen nazi gemuestra que el capitalismo alemán no tiene ya esperanzas en cuanto a la posibilidad del desarrollo ulterior en los cauces hasta ahora seguidos y que busca su salvación en épocas remotas, en el médico con sus suplicios y antes de fe de la Inquisición.

—

Pero no es simplemente nacional la significación de la hoguera del 10 de mayo de 1933, es, además, universal; un índice para el mundo entero del límite alcanzado por la Humanidad. Marca aquella hoguera, no la desaparición de la cultura, pero sí el límite de la cultura burguesa, que ya no puede ofrecer soluciones para los problemas planteados.

Y para nosotros, aquellas llamas han sido una voz de «¡Alerta!»: se está aproximando el día en que tendremos que enarbolar la bandera de la clase trabajadora, que construirá el Socialismo y creará las premisas de la gran cultura nueva de la Humanidad.

De actualidad

Sacrificio cien por cien

Justo es reconocer, no hemos de mermar en lo más mínimo lo plausible en el sacrificio, que el partido radical y sus hombres siguen la recta que se trazaron para imponer las nuevas formas renovadoras de las costumbres políticas y de gobierno que se establecieron con el advenimiento de la República. Pasaron los dos primeros años sin actos conmovedores de adhesión de las llamadas fuerzas vivas; sin la cooperación cálida, férvida de las derechas reaccionarias; sin el aglutinante poderoso de la gratitud de los defensores de la restauración, de los defensores de cuanto en nuestra historia patria dice de tradición ejemplar por persecución al liberalismo, de luchas por la expansión territorial, del dominio de la oligarquía, de persecución obrera y de triunfos guerreros en las Antillas españolas y campo africano, preciso era recuperar el terreno perdido y para ello nada mejor que España fuera regida por el partido radical, cuya capacitación, por el valor moral e intelectual de sus dirigentes, había de asegurar la realización de los afanes de las nuevas fuerzas políticas que esperaban la más propicia ocasión para ofrecer a la República las primicias de su floración espléndida.

¡Y llegó la hora de la liberación patria! Ya Lerroux hizo el milagro, y todos sus satélites de capacidad velardina han aplicado la doctrina, la táctica, los nuevos modos, su ética, y ya camina España gozosa, eufórica, por caminos alfombrados de la flor del almendro hacia su definitiva salvación. Cuenta hasta con la bendición del Nuncio. ¡Ya es pía la patria!

Pues bien; su gestión se traduce en provechosa enseñanza; desde un ministro a una Gestora dicen del bien administrar. Aquél nombra personal para las Delegaciones de Trabajo de este calibre (para muestra basta un botón, pero hay para varias botonaduras completas): un ex chofer particular de Samper para la Inspección del Trabajo de Vitoria, y es de tal grado su capacidad, que se conforma con estampar su firma una vez al mes.

La Gestora de Vizcaya da ejemplo de diligencia y eficacia. Se produce la vacante de ingeniero de carreteras por jubilación del señor Allende y designa para sustituirle, rápidamente, al señor Sáinz de Aguirre. Pero, ¿quién es este señor? Lo de menos es que sea nacionalista, esto no puede constituir un demérito, lo importante es que este señor ingeniero fué denunciado por sus propios compañeros por percibir haberes a un mismo tiempo del Estado, como afecto al servicio de Obras Públicas y como ayudante de la Dirección de Abastecimiento de aguas de Bilbao, lo que dió lugar a que el ministro de Obras Públicas ordenara la formación del correspondiente expediente. Tampoco esto podía ser un serio inconveniente para su nombramiento conforme a la más exigente ética radical. Pero frente a esto está su mérito, por separado de su competencia; su mérito es el de ser hijo político de don Juan Artiach, gestor destacadísimo de nuestra flamante Diputación y amigo entrañable de ese hombre de seriedad lerrouxista, del señor Gallano.

Vemos cómo se destacan los nuevos modos, cómo la ética radical forma escuela. Se cierran Casas del Pueblo, y con esta determinación se alborozan las «fuerzas de los vivos» de Vizcaya. ¡Qué importancia tiene esto! Ante todo que haya orden, que nadie proteste; que todos acatemos con satisfacción pública los actos de buena administración radical. ¡Que todos reconozcamos cómo se sacrifican por la República y por la patria el partido radical y sus hombres!

ENDU

POCO A POCO

Hasta las cosas más insignificantes pueden encerrar una enseñanza. Un hombre vulgarote, mofletudo, puede demostrarnos a través de una al parecer sencilla conversación que posee un alma de... cristiano. Un alma de cristiano, puesto que sus manos estrujaban *La Gaceta del Norte* y su semblante se llenaba de satisfacción al hablar de los sucesos de Portugalete.

«Un muerto. Así irá aprendiendo esa gente. Pero claro, están envalentonados con esos desastrosos primeros años de la República. Pero ya «irán bajando». Con este gobernador no hay miedo. Hombre formal y serio, buena lección les está dando. No les va a dejar ni respirar. Y con una táctica admirable. Porque si lo hiciera «todo de un golpe» enardecería los ánimos, en perjuicio de un favorable resultado. Pero poco a poco está consiguiendo todo lo que se propone. ¿Que gritan? A la cárcel. ¿Que «se meten» con la gente pacífica, que empieza ahora a disfrutar de un poco de calma? ¡Los fusiles de la fuerza pública hablan con toda puntualidad! ¿Que protestan? Clausura de Centros. Así, así todo, poco a poco, sin apenas sentir. Cuando quieran darse cuenta ni rata va a quedar. Todo gracias a un gobernador que sabe lo que hace. Ya ha empezado con el alcalde de Portugale y pronto le seguirá el el Sestao y algún otro que anda por ahí. Y lo mismo hará con los jefes de alguaciles y fuerza pública. Sin más que poner un superior, ya no hay miedo. Porque desengáñate, eso del régimen es una tontería. A mí lo mismo me da que nos robe un rey que el presidente de la República. El caso es que haya paz. Que nos dejen en paz. Que nos respeten la religión, que está, sí, por encima de todo.»

Y este hombre vulgarote, mofletudo, con el alma castrada, porque previamente le han castrado la inteligencia en manos del clero, en su disparatada conversación de la cavernícola línea de Bilbao a Las Arenas, dijo una verdad que ha martilleado nuestra mente: ¡Poco a poco! Es una realidad. Por este procedimiento el Parlamento ha aprobado los haberes del clero, mientras en Madrid y Zarazoga ha existido, en esta última, y existe en la primera, una huelga que deja a multitud de niños sin el alimento diario. Se abren las cárceles a los señoritos del 10 de agosto, cuyas celdas irán llenándose por jóvenes cuyo delitto consiste en militar en las Juventudes Socialistas, comunistas y de la extrema izquierda. Se aumentan los precios de las subsistencias en beneficio del comerciante y en perjuicio del pequeño consumidor. Se elevan las tarifas ferroviarias para favorecer a las grandes Emprsas y a determinados intereses creados en ellas. Los caciques vuelven a su antigua y ancestral preponderancia, mientras a los obreros se les prohibe sus reuniones, mítines y manifestaciones a la más leve disculpa. Todo ello unido a las maniobras de un bichillo que se ha propuesto anular a todos los alcaldes socialistas.

El hombre normal, que vive dentro de dinamismo y de las preocupaciones rítmicas de la vida, no puede concebir cómo existen individuos con una mente tan atrofiada que sean capaces de las mayores atrocidades con tal de que el orden impere y que no se les complique la vida. Es el alma del pequeño burgués, cuyo «yo» no sabe de más conveniencias que la propia.

Pero se confundió el vulgarote, el mofletudo católico al afirmar de todo se iba realizando sin sentir. Ya nos lo dirá cuando llegando su hora él y los suyos sientan el zarpazo de nuestra sensibilidad de hoy ante las injusticias de que somos objeto. Sensibilidad tan profunda que por darla todo de sí nos impedirá en ese día ser sensibles ante el sentir de nuestros enemigos.

A. A.

Camaradas: leed LA LUCHA DE CLASES

De todo un poco

Cómo está "El Pueblo"

El bacin donde vierten sus detritus los señores Ors, Laguía y Compañía está que rebosa. El que los elementos de izquierda no dejasen ladrar en Tolosa a esos señores les ha sacado de quicio.

Al no tener con quien meterse la traman con los niños de Zaragoza, a los que quisieran ver, como a los del Libre, en manos... y... de los jesuitas.

Estado alarmante

Desde que gobiernan las derechas nos hallamos en permanente estado de alarma, lo que demuestra el cerote que les canta a los super-enchufistas de la compañía radical-cedista-agraria.

Voces de ultratumba

El señor Velarde ha dicho que el entierro del camarada Salsamendi constituyó un acto brutal y absurdo, es decir, una cosa así como el que caiga un Gobierno civil en ciertas manos.

Anuncio

Copiamos de El Liberal: *«Pérdida de un zorro entre Arrigorriaga y Bilbao.»*

Un amigo nos dice que ha visto uno suelto por la Alameda de Recalde.

MICROBIO

SGCB2021

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
España, semestre..... Ptas. 4
» año..... » 8
Extranjero, semestre... » 6
» año..... » 12

LA LUCHA DE CLASES

No se devuelven los originales.
De los artículos firmados responden sus autores y de los que no llevan firma la Redacción.

De la prisión: Los presos políticos y sociales

Signos de los tiempos

La euforia y sus consecuencias

Razón tenía, sin duda, aquel filósofo que en las Cortes Constituyentes nos declaró con acento de amargura que la República española había perdido la alegría y que era necesario que la recuperara.

La República española había perdido la alegría. No se movía el capital, sino era para trasponer la frontera. No se emprendían otras obras que las que el Estado amparara y aún en éstas, los contratistas procuraban, para no morir de tristeza, burlar las leyes que representaran una garantía para los trabajadores. Se llegaba a recomendar a los dueños de la tierra que no sembraran para evitar el tener que atenerse a las disposiciones del Gobierno mediante las cuales los labriegos pudieran disfrutar de unos jornales que les permitieran comer y que impedían que los dueños de la tierra pudieran llevar por poco más del valor de la alimentación, obreros de otros pueblos, condenando a la muerte por hambre a todo aquel que no se rindiera a los caprichos del «amo». Se paralizaban los trabajos. Se reducía la cantidad de obreros empleados en las fábricas y talleres. Se fomentaba el contrabando de dinero, que huía a espuertas ante los ojos de los gobernantes...

Eran los tiempos de la tristeza. No se podía vivir con aquellos hombres que representaban el carácter adusto de un régimen que se había impuesto la obligación de dar de comer a los trabajadores aunque tuviera que arrancar, para conseguirlo, alguna pequeña parte de los beneficios de los grandes terratenientes, de las grandes industrias, de los magnates de la Banca y príncipes del carril. Decididamente, no se podía vivir con tal falta de alegría.

Para alegrar a España se hizo el cambio de táctica y de personas. Entró Lerroux con sus hombres, dispuesto a hacer la felicidad de la nación y a poner en práctica aquel dicho tan popular de «no comemos, ¡pero nos reímos más!...» Y a fe que lo consiguió. Para ello se hicieron las elecciones como se hicieron, preparando el «puchero» en tal forma que resultó «holla podrida». Y cuando las Cortes son lo contrario de lo que fueron las Constituyentes, en todo. Cuando las derechas —al frente de ellas la Ceda a las órdenes de Gil Robles y éste a las de cualquier jesuíta oculto— hacen su santa voluntad en el Parlamento. Cuando los elementos republicanos tienen que vivir de la misericordia, si es que la obtienen, de los monarquizantes. Cuando el mismo partido radical se encuentra entregado maniatedo a los caprichos de los prohombres de la reacción, es cuando se dice por todos ellos que nos hallamos en plena época eufórica.

Ahora se planean negocios de todo tipo. Ahora hace como que sale el dinero de las arcas en que se encerró amedrentado en los primeros años de República. Ahora es cuando la clase capitalista, libres las manos y más libres las conciencias, se lanza a la vida activa. Ya nos hallamos en épocas de alegría; pero no de unas alegrías de pobres, con cuenta gotas, modositas, de siete u ocho «reales». Los pequeños negocios son despreciables. No vale la pena de seguir manteniendo las industrias en una marcha relativamente normal, como parece fué la consigna en los días siguientes a las elecciones del 19 de noviembre, aunque ya no se conoce. Entonces era necesario dar al pueblo español la sensación de que con la subida de los radicales al Poder y la mayoría parlamentaria en manos de las derechas, los problemas económicos habían alcanzado su solución definitiva. Nada de socialistas, que habían contribuído a aquella tristeza que soliviantó al filósofo. Alegría, pero alegría ruidosa bullangeera; alegría como aquella de los grandes negocios de los tiempos de la Gran guerra, cuando amanecía uno pobre y se acostaba apaleando los millones.

¡Alegría, euforia, vida! Y al planear negocios, nada de pequeñeces. Ahora, con los radicales en el Poder, se pueden organizar negocios como el de la Compañía Auto Estaciones, S. A., en la que el desenfado —¡de alguna manera hay que denominarlo!— de unos hombres y la facilidad con que piensan obtener una concesión que representaría un monopolio del Estado se valora en cuatro millones de pesetas. Ahora, asuntos como ese que se dice planean las Empresas de Seguros, para cuya consecución existe un fondo denominado «negro» por los mismos que lo han ideado. Ahora, asuntos como el del arroz, estropeado por nuestro compañero Prieto en pleno Parlamento.

Todo esto es euforia. Todo esto es alegría. Todo esto es el reverso de aquella adustez, aquella severidad de gesto que se encontraba como uno de los mayores defectos de la República de los primeros días. Todo esto es euforia. Pero es que euforia es también, según dicen los enterados, una anormalidad derivada de una enfermedad mental o de un estado alcohólico. Y cualquiera de estos dos supuestos es como para que temamos las consecuencias de este período de alegría.

II

Seguimos en nuestro empeño de justificar las demandas hechas por los presos políticos y sociales de nuestra cárcel al director de la misma, acerca de cuyos dos primeros apartados dimos ya la información precisa para el mejor conocimiento de la cuestión por parte del público.

La cláusula tercera del escrito se refería a la dotación al penado de cuanto precisa en la prisión, como son cama, dos mantas, almohada, jofaina, escoba, jabón, etc.

Parecería innecesario que se solicitara esto, cuando el reglamento habla ya de ello o, si no es así, debiera hablar. En la actualidad se notan deficiencias extremas y lamentables en este aspecto, hasta el punto de que es normal que casi diariamente queden sin recibir jabón para sus ablucionos o la limpicza de sus ropas, etc., buen número de reclusos que se acercan al jefe de servicios a solicitarlo. Esto podemos decirlo porque es cosa que les ha ocurrido más de una vez a nuestros mismos compañeros presos. En el mismo caso se encuentran las demandas que se formulan de ropa, alpargatas, etc., y creemos que no sean antirreglamentarias esas peticiones — a las cuales se contesta ahora afirmando que el reglamento no las prevé —, cuando muy recientemente, en momentos en que no se había llegado a la tirantez de relaciones hoy existente, eran recomendadas por algunos oficiales de manera tan eficaz que raramente quedaba desatendida la petición por lo que se refiere al jabón y las alpargatas. En cuanto a las camas y almohadas, son muchos los que carecen de ellas; las sábanas se desconocen, y la ropa interior y exterior rara vez la ve algún preso. Pero aún puede ocurrir algo mejor; y es que para una visita del presidente de la Audiencia se entregue ropa a un preso que andaba los días precedentes mostrando sus vergüenzas por las galerías con la condición previa de que pasado el acto la devuelva.

¿A qué obedece esa falta de atención a las necesidades del penado? ¿Es que el Estado olvida sus obligaciones hasta ese extremo? ¿Es que no existe consignación para ello? Y no se alegue que a quien tiene «libreta» con algún ahorro (acaso cien pesetas, acaso cuatro o seis) no le alcanza el derecho ni siquiera a las alpargatas, pues de una en otra interpretación acaso llegáramos a la conclusión de que, igual que debe hacer ese gasto, tiene que subvenirse su subsistencia.

La demanda cuarta se refiere a la necesidad de que las mantas, petates, celdas, etc., sean desinfectadas y que las salas, celdas y demás locales reciban los necesarios blanqueos.

Este punto es de capital importancia. La entrada y salida de detenidos, constante, inacabable en estos buenos tiempos de la euforia radical, trae como consecuencia un trasiego incesante, de petates, mantas y cacharros. Esas ropas no eran anteriormente sometidas a desinfección ni desinsectación, según manifestación de un señor oficial a uno de nuestros compañeros que fué a quejarse a él respecto a este punto, llevando como testimonio de la necesidad de aquellos extremos un soberbio piojo cazado en una manta que se acababa de entregar a otro camarada. En la actualidad se hacen ya las desinfecciones, decisión adoptada como consecuencia de la demanda. Sin embargo, queda por tomar acuerdo alguno respecto al blanqueo de locales, no menos necesario que las desinfecciones, puesto que en estos mismos momentos, según nos informan nuestros compañeros, hay varios casos de sarna en la prisión.

Podemos felicitarnos de que haya sido tenido en cuenta este punto de las demandas de nuestros compañeros y de los restantes presos políticos y sociales, aunque su consecución les ha costado el hallarse recluídos, como castigo por la petición, cuatro días en sus salas y verse privados para el futuro de las dos comunicaciones extraordinarias que semanalmente tenían hasta la fecha de la petición.

La demanda quinta consiste en el mejoramiento de la asistencia médica y del botiquín existente en la prisión. A este respecto hemos de señalar que la cárcel de Bilbao, en la que ha habido días que su población penal rozaba el número de cuatrocientos reclusos, está atendida por el médico de la misma durante media, una o acaso dos horas al día. Todo el tiempo restante la asistencia a los enfermos o a quien pueda accidentarse está encomendada a un recluso, uno de entre los demás, sin título y, por tanto, sin conocimiento alguno de medicina ni aun de practicante. Tendrá toda la buena voluntad de que es capaz una persona que, como el que hoy ocupa el cargo, llega incluso a suplir con la ración de leche que por el mismo le conceden, la falta que de dicho alimento puede sentir quien necesita más de un régimen lacteo que del rancho corriente. Pero esa buena voluntad no puede suplir la ausencia de idoneidad para atender la enfermería de una cárcel en que hoy mismo, que ha bajado el censo penal, existen entre doscientos ochenta y trescientos presos.

Resulta, por otra parte, bastante anómalo que el Estado obligue, como lo hace, a las empresas industriales a mantener un practicante a la disposición de sus obreros durante las horas de trabajo, cosa plenamente humana y justa, y que, sin embargo, en dependencias suyas en que hay varios centenares de hombres no exista un profesional de la enfermería. Y esto es tanto más de hacer resaltar cuanto que en establecimientos de esta naturaleza se cobija, junto a la miseria o la desgracia moral, la mayor cantidad de miseria y desgracia física: tal los piojos, sarna, diviesos malignos, etc.

Compañero:

Contribuye, según tus posibilidades, a la rotativa de «EL SOCIALISTA».

De la patria chica

¡Son más nacionalistas...!

Las autoridades del partido nacionalista son consecuentes con sus íntimas convicciones. Que no son, aunque otra cosa parezca, las de lograr para esta tierra las libertades que pregonara Sabino de Arana. Si ello fuera, la conducta seguida por los primates hubiera sido bien diferente. Pero a éstos les ocurren cosas curiosas. Primero son católicos y después —tan después— nacionalistas. Para ellos lo sustantivo pasa a ser adjetivo. Y así, éste, se diluye. se extravía ante las mil y una exigencias de lo que los mandarines estiman fundamental. Porque ya no se trata de la consustancialidad entre nacionalismo y catolicismo, en el orden específico que de antemano trazara el nuestro, sino de la postergación definitiva e irreverente del sentimiento nacionalista a los furores insaciables del fanatismo religioso.

Aun poniendo nuestro mejor deseo en el análisis de la conducta de los orientadores del partido nacionalista, no podemos encontrar otras razones que las apuntadas. Los hechos nos lo demuestran. En trabajos anteriores he anotado diversos pasajes que abonan mi tesis. Sin necesidad de recurrir a palabras gordas. No hay por qué. Ahora doy más datos.

Acude a evacuar el señor Horn el consejo que le había pedido el jefe del Estado. El consultado da esta opinión: «... que estima muy acertado el plan de trabajo y desea su realización. Cree conveniente y hasta necesario agregar a él, dándole preferencia, el proyecto de haberes del clero y también desea esa preferencia para el proyecto de Estatuto Vasco...» Está claro que las autoridades del partido y la minoría están de acuerdo en batallar primero en favor de las pretensiones de Roma. Eso lo consideraban necesario; el Estatuto Vasco lo clasifican únicamente como un deseo. En la crisis que dió, por tercera vez, el Poder a Lerroux tenía que definirse la minoría vasca, Y no se anduvo en rodeos. Quedamos, pues, en que la prioridad de las autoridades del partido y de su órgano representativo en el Parlamento está por el catolicismo. Y para que el clero no pudiera poner la más leve tacha a su conducta, a la personalísima de cada uno de los diputados vascos, se dió orden de prioridad a la cuestión de sus haberes, señalando, como quien cumple un compromiso enojoso, su «deseo» de que se diera preferencia —pero a la zaga de lo otro— al Estatuto Vasco.

No es difícil que «Gudari» y sus jóvenes se puedan explicar los desatinos programáticos que vienen cometiendo desde tiempo lejano los diferentes elementos que han dirigido y dirigen la organización nacionalista, aquellos que, de siempre, han sido llamados «las autoridades del partido». Estas, atadas por los imperativos de su conciencia o de su conveniencia, se enfadaron con el espíritu renovador de la revolución política del 31 y arremetieron con desenfreno contra los avance liberales que en ella germinaban. ¡En qué forma; da miedo pensarlo! No tuvieron en cuenta que los partidos implicados en la revolución querían facilitar a ésta y otras tierras algo de las libertades arrebatadas por los Borbones. Y que lo estaban probando en las Constituyentes mediante la elaboración de una Carta que se articulaba con esos plausibles propósitos. No miraron que la situación anterior, de ultraje para todos, prohibía, bajo penas severísimas, la ostentación de la más leve prenda que tuviera, aunque fuera por el capricho de la contección, un parecido con los colores de las banderas nacionalistas. Ni veían que la República quitaba el polvo a las enseñas rebeldes y las permitía, para su honra, que las sacudiera el viento, como a él le diera a entender. Ni recuerdan que «Gudari» tuvo que expatriarse a Méjico porque el látigo de otros católicos flagelaba sus carnes y vapuleaba su alma vasca. Y que, con la nueva situación, este joven batallador pudo abrazar a sus amigos y pudo reanudar sus antiguas labores. Y que éste y tantos jóvenes desfilaron, en una tarde de marzo del 32, por las principales vías de la villa, henchidos sus pechos de inefable alegría y también, creo yo, de agradecimiento, si no profundo bastante cariñoso hacia el régimen que tuvo la comprensión de de acercarse al problema nacionalista con ponderada flexibilidad y ecuánime disposición. Pero las autoridades del partido, que sabían esto y mucho más, fijaron la vista en lo que más les dolía: en el laicismo del nuevo régimen, en los avances sociales de la República. Las entrañas católicas, dicho mejor, el fanatismo religioso de esos hombres les movió a olvidar su condición de nacionalistas y les obligó a enfilar las baterías de que disponían, masas, periódicos, influencias y dinero para hacer disparos, en unión de todas las derechas españolas, contra la nueva situación, contra las formas progresivas. ¡Nada más que dos años y medio duró el bombardeo! ¡Y todavía!...

ENE

Nuestra protesta

Con un pretexto que se venía buscando desde hace tiempo, sin duda, han sido cerradas varias Casas del Pueblo en nuestra provincia, así como diversos Centros comunistas y sindicalistas.

El motivo buscado con tanto anhelo para un cierre de nuestros Centros ha sido la huelga de diez horas de la tarde del pasado viernes, movimiento al que se lanzaron los trabajadores de *motu propio* como protesta, primeramente, por los sucesos acaecidos el domingo anterior en Portugalete, de resultas de los cuales falleció el joven comunista Urcisinio Gallástegui, y, además, por la negativa a que pudiera efectuarse la conducción del cadáver, negativa dada por la autoridad gubernativa.

Se busca, a lo que parece, desorganizar a las entidades obreras para dejarlas en condiciones de que la clase patronal pueda hacer de ellas lo que tenga por conveniente, sin que tropiece con la actuación de los organismos directores del proletariado. Queremos hacer resaltar la incapacidad de la mente en que se haya cocido esa idea. No sabe, sin duda, quien va buscando eso, que cuando las entidades legalmente constituídas no pueden funcionar normalmente buscan nuevos cauces por donde discurrir sin los inconvenientes que les ofrecen los legales, de donde no tienen gran interés en salir por el momento, y esos nuevos cauces son los que les ofrecen la vida clandestina.

Hacemos constar nuestra más enérgica protesta por el atropello que supone la clausura de todos los Centros obreros y sociales a los que ha alcanzado la medida gubernativa. Y declaramos que ello, contra lo que pueda suponer quien ha ideado la orden, no amenguará el ímpetu y la rebeldía de los trabajadores afectados, sino que, por el contrario, le enarnecerá y le empujará a desear nuevos objetivos.

Cuidado, amigos

De Madrid han llegado cinco policías con la misión única de infiltrarse en las filas obreras y conocer sus secretos. (Estos son muchos.)
Sabemos quiénes son, dónde TRABAJAN y dónde comen. Recomendamos a nuestros amigos desconfíen de TODO AQUEL A QUIEN NO CONOZCAN. Para conseguir su objeto incluso se disfrazan con el honroso traje azul. Y sudan..., de ver el traje.
¡Cuidado, camaradas! Desconfiad de quien no conozcáis y se os acerque fingiéndose, acaso, "agente de enlace". Son agentes de los otros. Algo parecido a como si os ofrecieran guindas en aguardiente, siendo guindillas en vinagre.

Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya

El Comité ejecutivo de este Sindicato, cuyo Pleno se celebrará el próximo domingo, día 20, si causas ajenas al Sindicato no lo impiden, ha desarrollado una labor eficiente para la organización metalúrgica.
Son múltiples las gestiones realizadas por estos compañeros, que han puesto su entusiasmo y capacidad al servicio del Sindicato con un resultado altamente satisfactorio, como lo prueban el aumento de afiliados y Secciones.
En la Memoria que se discutirá en el Pleno se puede apreciar la labor del Comité ejecutivo con todo detalle.

Datos para una historia

Cuando va llegando el momento de recopilar la historia de Lerroux, que, como don Juan, ha recorrido toda la escala social, conviene que cada uno aporte lo que de él sepa. Y no queriendo hablar por nuestra cuenta, dejamos que lo haga la "voz del Estado", la "Gaceta de Madrid", tras cuya p sesión corrió toda su vida:

"Juzgado de Primera instancia.
Albacete.

Don Quirico Barrio Sáinz, juez de Instrucción de esta capital:
Por la presente requisitoria se cita, llama y emplaza al procesado don Alejandro Lerroux, vecino de Madrid y redactor del periódico "El País", para que dentro del improrrogable término de diez días, contados desde el siguiente al de la inserción de este documento en la "Gaceta de Madrid", comparezca ante este Juzgado a rendir indagatoria en el sumario que se le sigue sobre estafa; apercibiendo que de no hacerlo será declarado rebelde.
Ruego a las autoridades y agentes de Policía judicial procedan a la busca, captura y prisión del procesado, así como que conduzcan al mismo a la cárcel de esta ciudad a mi disposición.
Dado en Albacete, a 7 de mayo de 1895.—Quirico Barrio; El actuario, Alfredo Muñoz."

("Gaceta de Madrid", núm. 78, de 19 de mayo de 1895, pág. 1.028.)

SGCB2021